

# La iglesia de Cristo de hoy día, 1

Vimos, en la primera lección de esta serie, lo que la iglesia de Cristo era en el siglo primero. La iglesia de Cristo dio comienzo el primer día de Pentecostés posterior a la resurrección. En cuanto al lugar, ella dio comienzo en Jerusalén. En cuanto al edificador, ella fue fundada por Jesucristo. En cuanto al material, ella se componía de almas redimidas. En cuanto a denominación que la distinguiera, no tenía *ninguna*. En cuanto a la historia, ella prosperó en gran manera, pero enfrentó una apostasía, la cual tuvo lugar conforme al anuncio inspirado.

Nuestra segunda lección nos contó cómo la iglesia de Cristo se preservó a través de los siglos, a través de un período de apostasía. La iglesia fue dotada por su edificador de la semilla que le da vida. Esa semilla viviría y permanecería por siempre. El Espíritu Santo preservó para siempre el patrón del evangelio, y el patrón de la iglesia, en los escritos del Nuevo Testamento. La identidad y poder de esta semilla son incuestionables. En cualquier momento y en cualquier lugar, los hombres pueden recibir la enseñanza del Nuevo Testamento en sus corazones, y seguirla, para llegar a ser la iglesia de nuestro Señor.

En esta lección y en la siguiente, consideraremos la iglesia de Cristo de hoy día. Veremos con detalles prácticos, cómo la misma iglesia que se definió en las lecciones anteriores, se ha perpetuado a través de los años, y es hoy la misma iglesia.

## LAS MISMAS CONDICIONES DE MEMBRESÍA

*La iglesia de Cristo es hoy día la misma iglesia que*

*existió hace más de mil novecientos años, porque sus condiciones de membresía son las mismas. El Cristo que edificó la iglesia determinó las condiciones de membresía. A través de sus predicadores inspirados, él les ofreció membresía dentro de la iglesia a todos los que 1) creyeran en que él es el Hijo de Dios, 2) se arrepintieran de sus pecados, 3) confesaran su nombre delante de los hombres, y 4) se bautizaran para el perdón de sus pecados. No puede haber duda de que fue bajo estas condiciones que el Señor le añadió gente a su iglesia. Puede que hoy día haya debate en cuanto a si sería suficiente hacer algo más, algo menos o algo diferente—pero nadie podría poner en duda que lo que se hacía al comienzo era lo correcto. Hoy día, la misma iglesia tiene las mismas condiciones de membresía.*

La fe en que Jesús es el Hijo de Dios, era la primera condición. Jesús había dicho: “Todo el que creyere y fuere bautizado será salvo” (Marcos 16.16a). El día de Pentecostés, Pedro llamó a los oyentes a tener fe cuando dijo: “... sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2.36). Pablo llamó a tener esta fe, cuando dijo: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16.31). Felipe pidió que se tuviera esta fe cuando le dijo al que pedía ser bautizado: “Si crees de todo corazón, bien puedes” (Hechos 8.37a). La fe en Cristo era la fe que se requería para ser miembro de la iglesia de Cristo. Ellos se aseguraban de que los potenciales miembros creyeran en Cristo. Sin esa fe, ellos no podía ser miembros. No obstante, no cuestionaban a los convertidos sobre su fe en Pedro,

en Andrés, en Santiago o en Juan. Tampoco los cuestionaban sobre su fe en algún, así llamado, profeta moderno o mesías rival. La verdadera iglesia de hoy día halla igualmente suficiente la fe en Cristo. Esta es la fe requerida para la membresía hoy día. Es la misma iglesia hoy día porque requiere de esa misma fe.

*El arrepentimiento* era la segunda condición. Jesús había dicho: "... que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lucas 24.47). El día de Pentecostés, Pedro les dijo a los que habían creído (Hechos 2.37) que se arrepintieran (Hechos 2.38). Pablo dijo que "Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan" (Hechos 17.30b). El arrepentimiento todavía sigue siendo un mandamiento para todos los que llegarían a ser miembro de la iglesia de Cristo.

*La confesión* de fe en Cristo era la tercera condición. Pablo dijo: "... con la boca se confiesa..." (Romanos 10.10b). Timoteo había "hecho la buena profesión [o confesión] delante de muchos testigos" (1 Timoteo 6.12b). El ejemplo del etíope se encuentra en Hechos 8.37b. Cuando Felipe le preguntó acerca de su fe, el etíope declaró: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios". *Esa* es la buena confesión. Se puede hacer leyendo textualmente lo que dice la Biblia. La confesión bíblica no es una declaración suya en el sentido de que Dios le ha perdonado, por Cristo, sus pecados. No es bíblica una confesión en la que usted afirme haber tenido una experiencia especial muy suya. La confesión bíblica es la confesión en el sentido de que se cree que Jesús es el Hijo de Dios. La iglesia de Cristo todavía emplea la misma confesión de fe en Cristo que se utilizaba hace más de mil novecientos años, la misma tal como fue escrita para ejemplo, por el Espíritu Santo.

*El bautismo* para el perdón de pecados era la cuarta condición. Jesús había dicho: "El que creyere y fuere bautizado será salvo" (Marcos 16.16). Él había dado mandamiento en el sentido de ir y hacer "discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mateo 28.19). El día de Pentecostés, Pedro dio el siguiente mandamiento a los oyentes del evangelio: "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados;..." (Hechos 2.38). Más adelante se lee así: "Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas" (Hechos 2.41). "Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos" (Hechos 2.47b). Ellos completaron los requisitos de membresía cuando fueron bautizados y el Señor mismo los añadió a su iglesia. *Así es como las personas llegan a*

*ser miembros de la iglesia de Cristo de hoy día.*

Su iglesia de hoy día es la misma que existió hace más de mil novecientos años porque las condiciones de membresía son las mismas. Ellas se estipulan en ese orden en el Nuevo Testamento, y se ilustran por medio de ejemplos en el Nuevo Testamento. Ellas son coronadas por la declaración en el sentido de que el Señor añadía a su iglesia a todos los que le hubieran obedecido bajo estas condiciones. ¿Habría obligado el paso de los siglos a que la gente acepte un sustituto o versión adulterada de ellas? No es así. *Usted puede obedecer el mismo evangelio y confiar en que el mismo Señor le añadirá a la misma iglesia.*

Cuando las personas cumplen con estas condiciones de membresía, ellas no tienen causa ni disposición para gloriarse en sí mismas. Estas condiciones no fueron inventadas por ellos; ellas constituyen el orden establecido por Cristo. Estas condiciones no son establecidas ni siquiera por los miembros de la iglesia. Las condiciones fueron establecidas por la cabeza de la iglesia, por Cristo mismo (Colosenses 1.18). El espíritu de humildad ha sometido nuestras almas y nos ha colocado a los pies de Cristo. Nosotros obedecemos sus mandamientos. El espíritu de lealtad a Cristo nos niega la libertad de establecer condiciones y mandamientos por nuestra propia cuenta. Podríamos intentar sonar más generosos o más exigentes que Cristo, e imponer condiciones de membresía de nuestra propia invención. Podríamos requerir de los hombres que hicieran el compromiso de seguir algún credo que podríamos escribir. Podríamos decirles que "se hagan de una religión". Podríamos pedirles que se "se contagien de la religión". Luego nosotros, la iglesia, podríamos elegir a los futuros miembros. Todo esto podríamos hacer y tomar de las manos de Jesús todo el asunto. Podríamos mandar que se cumplieran prácticas que no se encuentran en el Nuevo Testamento y tomar la silla del juez en lugar de dejar que sea Cristo el que añada miembros a la iglesia. Podríamos establecer nuestro propios credos, condiciones, elecciones e iglesias —pero preferimos las de Cristo. Él nos enseñó que aun si observáramos todos sus mandamientos siempre seríamos siervos inútiles; sólo habríamos hecho lo que *debíamos* haber hecho (Lucas 17.10). No hay duda de que si abandonamos sus preceptos por los nuestros, habríamos hecho lo que *no debíamos* hacer.

## **LA MISMA FORMA DE ADORACIÓN**

*La iglesia de Cristo de hoy día es la misma iglesia que existió hace más de mil novecientos años, porque tiene la misma forma de adoración. Al seguir el patrón*

de membresía en la iglesia, también seguimos el patrón para la forma de adoración.

### **La cena del Señor**

La iglesia del siglo primero se distinguía por su forma de adoración. Hasta el día cuando se adoraba contrastaba con el de las otras religiones. La fe de Israel había hecho del último día de la semana un día especial. Los paganos tenía varias fechas sagradas. Los cristianos se reunían el primer día de la semana (Hechos 20.7). Esto era así no sólo en el caso de la iglesia de Troas, sino también en el de las iglesias de Galacia y de Corinto (1 Corintios 16.1–2). El propósito para el cual se reunían, era partir el pan.

En el hermoso lenguaje de la Biblia, “la iglesia del Señor” (Hechos 20.28) comía “la cena del Señor” (1 Corintios 11.20) en “el día del Señor” (Apocalipsis 1.10). Ellos comían y bebían en memoria de su Cristo y Salvador. Este es el monumento a la memoria de Cristo que ha sobrevivido las tempestades del paso de los siglos y de la apostasía sin empañarse ni estropearse. Hoy día esa misma cena la observa el mismo día la misma iglesia para el mismo propósito. Cristo no nos dijo que comiéramos o bebiéramos para remisión de los pecados, pero sí nos dijo que su sangre fue derramada para remisión de los pecados (Mateo 26.28). Nos dijo que observáramos la cena en memoria de él, para anunciar su muerte y sufrimiento hasta que él venga nuevamente (1 Corintios 11.23–26). Cuando el día del Señor llega semana a semana, la iglesia del Señor se reúne para la cena del Señor, tal como se hacía en el siglo primero.

### **Las finanzas de la iglesia**

En la reunión del día del Señor, los miembros daban de sus recursos para sostener la obra. La iglesia era la única “sociedad misionera” que había en el mundo del siglo primero. A los miembros se les comisionó con la predicación del evangelio. La iglesia era también la organización caritativa, a través de la cual los cristianos hacían su obra de benevolencia. El mundo era un campo ilimitado para la proclamación del evangelio, y había disponibles muchas oportunidades para la obra caritativa. El tesoro de la iglesia siempre estaba siendo llenado por generosas contribuciones, y siempre estaba siendo utilizado en el servicio cristiano. Durante las reuniones del día del Señor, cada miembro ponía “aparte algo”, con el fin de ayudar en esta gran obra (1 Corintios 16.1–2). Cada uno daba según había prosperado. Este sistema de finanzas funcionaba. Era sistemático y regular. Los miembros habían de dar de su liberalidad y conforme a su prosperidad.

Este mismo sencillo y eficaz sistema es el que financia a las iglesias de Cristo de hoy día. Cada primer día de la semana, a los miembros se les alienta a apartar algo, y a darlo según Dios los ha prosperado. Cada miembro se propone en su corazón lo que va a dar (1 Corintios 16.1–2; 2 Corintios 9.7). La iglesia de hoy día puede crecer en la gracia de dar y llegar a ser más liberal, pero no hay hombre ni ángel que pueda proponer mejor sistema para financiar a la iglesia. Ése era el plan de Cristo desde mucho tiempo atrás. Sigue siendo el plan que le resulta a la iglesia de hoy día. Deseamos ser cada vez más como la iglesia conformada por los que “a sí mismos se dieron primeramente al Señor” (2 Corintios 8.5), y como el Cristo que se dio a sí mismo en su totalidad (2 Corintios 8.9).

### **La música de la iglesia**

Hace mucho tiempo, los que se acercaban a la reunión de la iglesia escuchaban música. Era la música de voces que cantaban con “salmos, con himnos y cánticos espirituales” (Efesios 5.19). Con estas voces ascendía a los cielos una música demasiado refinada como para que la puedan captar oídos humanos. A sus voces, las cuales le daban alabanza audible a Dios (Hebreos 13.15), les acompañaba la más dulce música de sus corazones. Éste era el acompañamiento musical de ellos. El arpa y el corno eran igualmente desconocidos en sus sagrados cultos (Colosenses 3.16).

De su servicio de cánticos manaba una vitalidad llena de significado. En Efesios 5.19, se le describe como “hablando entre vosotros”. Esta era la manera como se enseñaban y se amonestaban unos a otros. El cántico, lo que se hablaban, la enseñanza y la amonestación, son todas funciones demasiado elevadas como para poder ser ejecutadas por instrumentos mecánicos. Este era el servicio del evangelio, a través de cánticos, que se daba cuando la música de la iglesia era la música de voces humanas, y su acompañamiento era el corazón que adoraba lleno de vibraciones. Esta era música sencilla, pero era espiritual en clase y sagrada en diseño. Las artes de los hombres no pueden igualarla. Cristo la seleccionó, el Espíritu Santo la ordenó, y Dios la recibió. El hombre podrá sustituirla, pero no mejorarla. Se puede decir que lo mismo se da en la iglesia de Cristo de hoy día, pues ésta tiene la misma música en la adoración. En esto y en todas las demás cosas, es un deleite saber que...

*Hace más de mil novecientos años, la iglesia de Cristo fue establecida y hoy día tiene la misma organización, forma de adorar y doctrina.*